



VENEZUELA

El chavismo se asoma al abismo



El colapso de los precios del crudo a partir del 2014 terminó con una década larga de bonanza en las naciones petroleras. Tras el abaratamiento del barril, muchas cayeron en crisis. Entre ellas, destaca el caso de Venezuela, cuyas desastrosas políticas de antes y después de la caída del petróleo han arrasado su economía.

La situación actual es realmente desastrosa. La recesión que comenzó en 2014 ha ido empeorando y, para 2016, se espera una contracción del PIB por encima del 10%, el segundo peor registro del mundo. Es más, la caída acumulada del producto desde el inicio de la crisis se estima en un 20%, cifra que seguirá empeorando ya que todavía no se atisba



el final del colapso. De hecho, las instituciones internacionales prevén que la recesión continúe hasta 2019, si bien cualquier estimación es extremadamente incierta, habida cuenta de la explosiva e impredecible evolución de este país.

Las cifras de inflación también son escandalosas. Ya se encuentran por encima del 500% interanual, y se prevé que lleguen al entorno del 700% para finales de este año; la más alta del mundo. Y es posible que siga subiendo, entre otras cosas, porque el recurso a la monetización parece inevitable para financiar el exorbitante déficit público, estimado en un 26% del PIB para 2016. Todo lo anterior refleja, en definitiva, un desastre económico de enormes proporciones, que está hundiendo el poder adquisitivo de los venezolanos. Las preguntas son, en primer lugar, cuánto tiempo podrá continuar la nación en estas circunstancias antes de que el colapso económico cause una quiebra política. En segundo lugar, el alcance que tendrá dicha quiebra, ya

que, en el peor escenario, no parece imposible que surja un estallido de violencia de consecuencias impredecibles.



Sin duda, la popularidad del presidente Maduro se encuentra en horas muy bajas. Sucedió a Chávez tras su muerte, en 2013, cuando además ganó unas elecciones con cierta polémica por lo ajustado del resultado y por el masivo uso de los recursos públicos en favor de su candidatura.

Maduro no cuenta con el carisma ni el liderazgo que habían hecho popular a Chávez, y pronto dejó de contar con los inmensos ingresos petroleros con los que su antecesor había podido sostener su desastrosa gestión de la economía. Con todo, sigue controlando al ejecutivo y al poder judicial, y al chavismo, que suma en torno a un tercio de los venezolanos, los cuales defienden casi incondicionalmente a Hugo Chávez y a su proyecto y, también, aunque en menor medida, a los líderes chavistas actuales.

Ante las dificultades, Maduro ha optado por multiplicar el intervencionismo económico, promover teorías conspirativas para justificar el desastre (la “guerra económica” de los poderes neoliberales contra su gobierno) y utilizar las instituciones para apuntalar su poder. Los empresarios privados son mal vistos por el gobierno, y están sometidos a infinidad de regulaciones y controles, que hacen muy difícil sus operaciones siempre que no cuenten con los contactos necesarios. Todo esto hace que producir sea una odisea para cualquiera y, por tanto, no resulta extraño que el tejido productivo haya ido desapareciendo.

Los recortes a las libertades, el encarcelamiento de opositores, la intervención económica y la confrontación y desautorización de la Asamblea Nacional, en manos de la oposición desde las legislativas de 2015, han puesto en cuestión la calidad de la democracia venezolana. Así, por ejemplo, las elecciones regionales y locales, que deberían celebrarse en diciembre, se van a posponer, en principio, a la primera mitad del 2017, ya que, en palabras de Maduro “La prioridad en Venezuela no es hacer elecciones. La prioridad en Venezuela es recuperar la economía y atender al pueblo, seguir desarrollando la educación, la vivienda”.



El desastre económico ha fomentado la unidad y la organización de los opositores, que van contando con más adeptos. De hecho, su victoria en las legislativas del 2015 se vio como un posible punto de inflexión. El cambio efectivamente es notable: hace apenas tres años los críticos se encontraban muy divididos entre sí, desacreditados entre buena parte de la población, y contaban entre ellos con importantes grupos de oposición dura que, de hecho, resultaban polémicos incluso entre los opositores, que no coincidían con sus formas, las cuales, entre otras cosas, servían de justificación al gobierno para la descalificación de toda la oposición. La victoria electoral les ha dado el control de la Asamblea Nacional, lo que conlleva un poder institucional importante, un refuerzo a la legitimidad de sus demandas y más visibilidad. Desde el legislativo han podido lanzar iniciativas contra el gobierno que, no obstante, han sido bloqueadas o bien por el ejecutivo o por el poder judicial, que se encuentra en manos chavistas. De esta manera, por ejemplo, el presidente ha aprobado el presupuesto por decreto, gracias a que el Tribunal Supremo sustrajo esta competencia a la Asamblea Nacional al considerarla en situación de desacato. La justicia también ha frenado el referéndum revocatorio que la oposición estaba impulsando, abriendo una investigación sobre un supuesto fraude en la recogida de firmas que se debe realizar para iniciar el proceso. En consecuencia, es casi imposible que logren convocar dicho referéndum antes del 10 de enero. A partir de esa fecha, la victoria en un revocatorio no llevaría a anticipar las presidenciales, previstas para principios del 2019, sino que conllevaría la sustitución del Presidente por el Vicepresidente. El progresivo incremento de la tensión ha dado lugar a un nuevo intento de dialogo, que al menos ha conseguido rebajar momentáneamente la presión y ha dado pie a la liberación de seis presos por parte del gobierno. Sin embargo, es difícil que el diálogo logre resolver el conflicto en las circunstancias actuales, dada la enorme distancia que separa ambos bandos. De hecho, el propio dialogo es criticado por las facciones duras de los dos lados.

Por su parte, el papel de los militares en este momento es clave. No sólo por su supremacía en el uso de la fuerza, también tienen gran protagonismo en la economía, ya que Maduro ha ido poniendo a generales como responsables de la gestión de sectores y empresas claves. Así, actualmente, las grandes empresas se encuentran en manos de las autoridades chavistas, muchas de ellas militares, y gran parte de las de



tamaño mediano también. El poder y la influencia de los militares es, por tanto, muy grande. Tanto es así que incluso algunos le otorgan una suerte de papel de estabilizador, o incluso de árbitro, entre el gobierno y los críticos. Algunos opositores creen que la caída de Maduro podría ser impulsada por un cambio de bando de los militares; no de los grandes generales, muy próximos a chavismo y al presidente, pero sí de los mandos medios, que también están sufriendo el derrumbe económico. La expansión del chavismo y los controles entre los militares hacen difícil que pueda producirse un golpe de Estado, aunque no sea imposible. Otra posibilidad es que, si surge un enfrentamiento serio con la oposición, el ejército deje de seguir las órdenes del ejecutivo, y la ruptura de la cadena de mando dé lugar a una caída del gobierno.

De cara al futuro, en todo caso, reina la incertidumbre. No se espera que el precio del petróleo repunte en los próximos años. En consecuencia, la recuperación del país parece que será difícil: ha desaparecido buena parte del tejido productivo, muchos profesionales y jóvenes han emigrado y las instituciones y servicios públicos se encuentran en condiciones muy preocupantes. La mediación internacional podría ayudar a dar salida a esta situación insostenible y disminuir la tensión política, aunque en el ámbito económico la rectificación parece más improbable si no cambian los dirigentes, ya que las autoridades deberían aplicar un giro de 180 grados a su política e introducir medidas duras e impopulares para estabilizar la situación. En definitiva, Venezuela se encuentra en un terreno enormemente difícil e incierto, en el que resulta muy difícil pronosticar cuál será la vía de salida de la crisis económica y política actual.

